

V.

CERVANTES Y LA BATALLA DE LEPANTO.

PRÓLOGO.

Ciertamente esta especie de poemita en prosa necesita un extenso prólogo. Líbreme Dios de decir, siguiendo el estilo moderno, que sale á luz el presente opúsculo *precedido de un prólogo* ilustratorio. *Prólogo* es habla, razonamiento, discurso, ó lo que quiera llamarse; pero discurso, razonamiento ó habla *que precede*. De forma, que decir *prólogo que precede* ú obra *precedida de un prólogo*, equivale á *habla precedente que precede* ó *precedida de un razonamiento precedente*.

No se ha dedicado especial escrito á Cervantes en la batalla de Lepanto. Hasta se ignoraba el día de su llegada al puerto en que D. Juan de Austria se encontraba juntando la poderosísima armada para contrarestar á los turcos: omisión de los biógrafos de nuestro autor, que se subsana de este modo. Consta que Cervantes estuvo en la galera *Marquesa*, de las de Juan Andrea Doria, mandada por Juan Francisco Sancto Pietro. Pues bien: en la Biblioteca Colombina (Códice AA., núm. 7, tab. 3) existe copia de carta de D. Juan de Austria á Felipe II (Me-

sina, 6 de Setiembre de 1571). En ella se dice: «A los dos (del presente), por la mañana, acabaron de llegar á este puerto las once naves que estaban en Nápoles. *El mismo dia llegó tambien Juan Andrea de Oria con sus once galeras.*»

Sabemos, pues, seguramente que Cervantes entró en el puerto de Mesina el 2 de Setiembre de 1571.

El juicio de D. Juan de Austria sobre los soldados que tripulaban las galeras de España, se puede leer en otra copia de carta del mismo (véase el Códice citado), fecha «*de Galera, en la fossa de San Juan, á 16 de Setiembre*» de dicho año. «Las ochenta y una galeras de V. M., bastante bien armadas y en orden; que *si no fuera la gente que lleva tan poco experimentada en la guerra, se podrian tener, al seguro, por las mejores galeras del mundo.*»

Creo que soy el primer autor que habla del mérito superior de la galera de D. Juan de Austria en la batalla de Lepanto. Era un monumento artístico, digno de la grandeza del Rey de España, y del Príncipe que habia de dirigir la armada de la liga contra el Turco. Destruída por los años y el abandono de los hombres, de esa galera ni áun quedaria memoria, á no haberla descrito el célebre Sevillano Juan de Mallara, en obra que existe inédita en la tantas veces citada Biblioteca Colombina (B. 4.<sup>a</sup>, 445-41).

Y porque considero que los curiosos han de agradecer algunas noticias de este libro, diré que se intitula *Descripcion de la Galera Real del Serenísimo Señor D. Juan de Austria.*

Léese á los principios lo siguiente: «El año de mil y quinientos y sesenta y ocho, á quince de Enero, se dió orden al Duque de Francavila y Príncipe de Mérito, que reside por Virrey en Cataluña en Barcelona, hiciese edificar esta galera de la mejor madera que se hallase en estas partes, por ser el pino de Cataluña el mejor leñame que en Assia, Africa y Europa se halla, fuera de las Indias Orientales. En tanto que se hacía en Barcelona, el ornato de la popa se encomendó á D. Sancho de Leiva, Capitán General de las galeras de España, sobrino que es del Sr. Antonio de Leiva, hijo del hermano mayor; y así vino á esta ciudad de Sevilla para este efecto. Y en este tiempo, rompiéndose la guerra de Granada, fué mandado á D. Sancho saliese á la mar para la guarda de costa de España. Así quedó el cargo á D. Francisco Hurtado de Mendoza, Conde de Monteagudo, Asistente que era de Sevilla. La traza primera de la pintura y escultura de todo lo que tocaba al entorno de la popa, es lo que se verá en esta relación, ordenada por el *Bergamasco*. Y habiendo en ella algunos inconvenientes, y diciéndolos yo al Conde de Monteagudo, me encargó hiciese algunos apuntamientos sobre ella; los cuales se enviaron al Sr. D. Juan, que estaba en Granada, y con la guerra no se pudieron ver.»

Llegó el casco de la Galera Real á Sevilla en 1569. Como se deduce del texto de Juan de Mallara, debió tener á su cuidado adornarla el famoso pintor y arquitecto Juan Bautista Castello, el *Bergamasco*, para lo cual dió la traza: murió ese año en Madrid. Juan de Mallara hizo correcciones al pensamiento. Confióse la obra á Juan

Bautista Vazquez, notable pintor y escultor sevillano. Benvenuto Tortello, arquitecto, quedó encargado de la traza con que se había de poner en perfección la galera, *bajel grande y hermoso*. El capitán Antonio de Alzate la trajo de Barcelona.

Cean Bermudez para nada habla de esta galera en los artículos de su *Diccionario* referentes al *Bergamasco* y á Juan Bautista Vazquez.

El día de Pascua del Espíritu Santo del año de 1570, visitó esta galera en el Guadalquivir el Rey Felipe II, después de haber pasado tres días en el Monasterio de la Cartuja.

El capitán Antonio de Alzate le mostró cuanto se había hecho y pensaba hacerse en ella, y el Rey se manifestó contento de cuanto se ordenaba.

Las artes y las letras sevillanas se juntaron para hermosear tal obra. Un soneto de Fernando de Herrera se escribió en la popa de esta galera.

Léese en este Códice una prefación del Licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa, y un *Vaticinio de Proteo al Sr. D. Juan de Austria, antes que sucediese la batalla naval*, escrito por el mismo, imitando el estilo de Fernando de Herrera; cual demuestran los versos siguientes:

El mar que con perpetuo movimiento  
Ciñe la tierra en toda parte y baña,  
Dejando las arenas por memoria,  
Todo cubierto de color sangriento,  
Monstrará su bramido, furia y saña,  
Al punto que se inclina la victoria;  
Queriendo atribuirse ya la gloria  
Que el hijo del gran César venturoso

Ganó, con nombre eterno, por su mano  
Contra el fiero tirano  
Que en Asia mueve el cetro poderoso,  
El yugo por castigo  
En la alta cerviz del enemigo.

De este empeño de Felipe II en que la galera de Don Juan de Austria fuese una obra admirable y correspondiente al decoro de su hermano, se infiere cuán sin celos veía á este príncipe, cuán alto concepto tenía de él y cuánto respeto quería que se le tributase. Algun día se escribirá particular historia de la vida de D. Juan de Austria, donde con indubitables pruebas se sabrá el cariño y aprecio del uno y el cariño y la veneración del otro, desvaneciéndose para siempre las absurdas consejas contrarias que han dicho algunos extranjeros, y repetido ó imitado algunos españoles (1).

La carta de que se habla en el texto, fecha «*De Galera, en el puerto de Petela, en el golfo de Lepanto, á 10 de Octubre de 1571*», se halla copiada en Códice de la Biblioteca Colombina (en 4.º, AA, 141-7), y termina con estas palabras: «Dios Nuestro Señor guarde la real persona de V. M., para que pueda gozar desta y de otras muy grandes victorias, que con su grande valor y cristiandad debe con mucha razón esperar.»

(1) Casimiro Delavigne, en un drama que tradujo Larra con el título de *Don Juan de Austria ó la vocación*, dice que Felipe II tenía empeño en que aquel príncipe fuese fraile. Y sucedió otra cosa distinta. Carlos V. quería que D. Juan entrase en religión; y Felipe II se opuso, teniendo por más acertado que se dedicase á la guerra, por su gran entendimiento y muestras que daba de singulares bríos.

La manera de dar cuenta de victoria tan portentosa, al Rey, es un modelo de modestia militar y cristiana. Contrasta con los partes de insignificantes empresas ó de muy dudosas hazañas que suelen dar algunos modernos capitanes. Vese, pues, de este modo, la diferencia que media entre la grandeza y la vulgaridad.

La carta que se cita de D. Diego Hurtado de Mendoza al Príncipe de Évoli, previniéndole contra la astucia veneciana, en el asunto de la liga contra el Turco, fué escrita en Granada el 13 de Abril de 1570; y en ella se trata, además, de la guerra de los moriscos y algo de asuntos de Roma. Existe en la Biblioteca de la Academia de la Historia (Salazar, A. 52).

Además de la relacion de la batalla por Fernando de Herrera, he tenido á la vista la que tan gallardamente escribió mi amigo el erudito D. Cayetano Rosell, y la que se encuentra en la vida de D. Bartolomé Carranza de Miranda, en la Historia de los Arzobispos de Toledo (MS. Biblioteca Nacional R. 5); en que, á vueltas de algunos pasajes de la *Pontifical* de Illescas, hay noticias peregrinas.

Busqué para cumplimiento de mi propósito algun sermón notable de la batalla de Lepanto, predicado *en vida de Cervantes*; y no he podido satisfacer mi deseo. Suplo esta falta con el recuerdo del que en 1618 dijo en la catedral de Toledo Fr. Jacinto de Colmenares, de la orden de Predicadores, sermón impreso en la misma ciudad por Diego Rodriguez y con el patrocinio del cabildo de aquella Santa Iglesia.

Prevenido con estas noticias, pude imaginar este cua-

dro de la vida de Cervantes. Sé que no agrada á algunos de los que, muy dados á desvaríos de esos que llama *estudios filosóficos* nuestro siglo, en su trivialidad, querrían ver á Cervantes retratado, no como lo que fué (un gran español y un gran católico, hombre que peleó por su fe y por su patria, y que por su fe sufrió las ignominias y la opresión del cautiverio), sino con ciertas ideas demagógicas ó democráticas: retratado, pues, al capricho, segun la manía con que algunos historiadores y críticos pretenden acomodar á la suya los pensamientos y los caracteres de los varones más ilustres de la humanidad, así en las armas como en las letras y ciencias. Cervantes debió su libertad á religiosos, y protección á la Iglesia y á la nobleza.

He dado una forma atractiva y pintoresca á mi trabajo, porque así mejor me han placido, y porque así placirá más á casi todos mis lectores. Bueno es que, en estos tiempos de miserias, divirtamos nuestro entendimiento con creer por breves instantes que vivimos en *aquella España tan española*.

Sevilla 5 de Diciembre de 1873.

Paréceme que el primer domingo de Octubre de 1614 ó 1615, debieron encontrarse, al salir de la Santa Iglesia de Toledo, dos ancianos, y decirse el uno al otro estas ó semejantes palabras:

—Dios, por quien él es, os conceda su gracia. O me quieren engañar los ojos ó es vuesa merced un amigo de mis amigos, algunos de los poetas que conocí en Sevilla, años há.

—Dios os guie, y á todos nos consuele. Así vivia yo entonces en Sevilla, como ahora tengo en esa ciudad mi pobre aunque dichosa morada. Y Dios de misericordia no la tenga de mí, si no es el que está presente el señor Cervantes Saavedra, autor de la *Galatea* y de *Don Quijote*.

Y diéronse manos y abrazos en señales de amistad y regocijo.

—No gastemos el tiempo ni la cortesía en preámbulos, dijo el amigo. Cansado debe de estar vuesa merced, despues de tan solemne fiesta; y más por la devoción y lágrimas con que ha escuchado al predicador, que bien las he visto.

—¿Y cómo no, respondió Cervantes, cuando me ha

parecido volver á los floridos dias de mi juventud *y á la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, presentes, ni esperan ver los venideros?*

—Ciertamente, veo que vuesa merced habla de la batalla de Lepanto, replicó el amigo, donde hizo dichosa muestra de su esfuerzo.

—No todas las veces podemos llegar con las obras ni áun á la mitad de adonde con los deseos.

—Decidme, pues, Sr. Cervantes; y desvanecedme unas dudas.

—Ninguna habeis de tener, si en mi posibilidad estuviere.

—Eso tan solo me basta: vuesa merced sabe siempre ganar el campo de las voluntades. Ahora bien: ¿qué causa ha impedido á vuesa merced escribir la historia de la batalla naval, porque de su gran ingenio se debia esperar que, como testigo, refiriese con más certidumbre y con alteza de estilo los trances de tan suprema jornada?

—¿Se ha olvidado vuesa merced de que Fernando de Herrera, el Divino, respondió Cervantes, hizo con su pluma monumento eterno á aquella victoria?

—Sí: lo recuerdo muy bien; pero es asunto que pide más perfección, por haberle trazado en breves dias y con noticias de pocos y no tan extensas, cual el suceso y la gloria de la cristiandad demandan.

—Nuevamente compuso Herrera la relación de la batalla (1); y más de una noticia le dí en varias ocasiones.

(1) Segun Francisco Pacheco, Herrera escribió dos veces la batalla naval: una en la *Guerra de Chipre y victoria de Lepanto*;

Deseando, como he deseado, su gloria y no la mia, traición á su amistad y al recuerdo de su nombre pareceria en mí componer un libro sobre esa jornada. Y léjos de mí toda arrogancia, todo anhelo de competencia, y más á mis años y con tanta falta de salud y sobra de penalidades.

Y con estos y otros razonamientos siguieron paseando con lentitud hasta las afueras de Toledo, en el deseo de esparcir los ánimos.

—¡Cuán dulce, dijo el amigo, os habrá sido la memoria de esa famosa batalla, en que lidiásteis por la fe y por la honra de nuestra patria! ¡Cuánto os habrán conmovido las palabras del orador y la pintura del suceso! Os aseguro que empecé á oirlas con deseo; á instantes la fuerza del sentimiento enternecía mi corazón: mi espíritu, en otros, se abrasaba en la gloria de Cristo, y en el recuerdo de los bríos de los capitanes y soldados. Cada pensamiento llevaba á mi alma adonde el predicador quería. Considero, pues, que vuesa merced ha tenido muchas causas para escucharlo con más lágrimas aún que yo.

—Sí, amigo y señor, respondió Cervantes; hoy me ha parecido estar en Italia, y á la edad de veinte y cuatro

otra en la *Historia general del mundo hasta la edad del emperador Carlos V.* Esta obra se cuenta entre las perdidas.

Seguramente Herrera, que fué amigo de Cervantes, debió adquirir del mismo algunas más noticias de la guerra de la liga.

Herrera escribió dos veces tambien la oda á la batalla de Lepanto. La más correcta es la conocida: la otra se halla con la relación de la batalla, que modernamente se ha impreso, en la *Coleccion de documentos inéditos.*